



Alfonso Góngora

revoluciona la cerámica ubetense como sexta generación alfarera

www.diariojaen.es

JAÉN

PAGINA 35



Residencia
Edades

C/ Carolina, s/n.
23160 LOS VILLARES
(Jaén)

953 320 927
www.residenciaedades.es

DEPORTES

EL JAÉN FS GOLEA EN SU TROFEO

Vence al Córdoba con goles de Attos, Mithyuê, Michel y Brandi PÁGINA 21



EL UNICAJA SUMA MÁS MEDALLAS

Platas para González y Sánchez y bronce para Sardinero PÁGINA 25

LOS MÁS VOTADOS

Río Borosa, La Osera, Pino Galapán, Sierra del Trigo, Río Jándula, Sendero del Bronce, Poblado de Otiñar, La Pandera, Dehesa Sierra Morena, Pico Mágina, La Cueva del Agua, Paraje La Lambra



2019
POPULAR DEL AÑO



ESCANÉAME Y GANA

PÁGINAS 22-23

Lunes 14 de septiembre 2020 /// Año LXXVIII

Número 27.563 /// 1.50 euros

Director: Juan Espejo

EL TRIÁNGULO DE LA RUTA DE LOS MILAGROS SIGUE PLETÓRICO DE FERVOR Y DEVOCIÓN POPULAR. PÁGINAS 12 A 13



VIAJE A LA SANTERÍA

Decenas de visitas a la cueva donde rezaba y meditaba el santo Custodio, en la Hoya del Salobral (Noalejo), ayer domingo.




DIARIO JAÉN

Hoy lunes, UNA RUTA POR SIERRA SUR

La curva del covid-19 asciende y registra 89 nuevos casos, lo que sitúa a la jornada como el nuevo tercer día con más positivos

La evolución de la pandemia no frena y esto provoca el desconcierto en el sistema educativo, lo que agrava aún más la preocupación de las familias numerosas ALDÍA/PÁGINAS. 2-3

LOS 3 DÍAS CON MÁS CASOS

93

26 DE MARZO

101

1 DE SEPTIEMBRE

89

13 DE SEPTIEMBRE



Viaje a un mundo de aquí mismo

Diario JAÉN se adentra en el territorio de quienes creen en los curanderos

JUAN ESPEJO

Este es un viaje a lo desconocido pero a un mundo de aquí mismo. Una ruta por los requiebros de la mente y al mismo vientre materno de la religiosidad popular, no ya solo de Jaén, aunque con la Sierra Sur como vértice inigualable de una fe inquebrantable en lo humano sin deshacerse nunca de lo divino ("Dios quedará", decía siempre el santo Manuel a sus 'pacientes' cuando se despedía de ellos). Les proponemos una ruta por los senderos de viejos caminos de polvo y piedras en busca de una aventura muy especial, la de la santería o, lo que es lo mismo, cómo durante siglos el boca a boca ha llevado a miles de personas a unos lugares concretos en busca de la sanación de sus males y sus desdichas, que siempre fueron muchas alrededor de la pobreza, que siguen siendo muchas en este mundo de opulencia que ahora vivimos. La aventura especial de esta semana tiene nombres y apellidos y está muy viva, aunque sus mentores lleven muertos muchos años (Luisico, en 1912; Custodio, en 1961 y Manuel, en 1983).

CAMPOSANTOS. Hasta sus moradas eternas hemos viajado y las flores y la albahaca sigue llenando de colores y de sabores sus tumbas en Noalejo y Ventas del Carriñal (la de Luis Aceituno desapareció y su cadáver pasó a un osario tras remozarse tiempo ha el cementerio de Valdepeñas de Jaén). Sus casas están ahora cerradas a cal y canto por la pandemia, pero los lugares de culto siguen llenos de un gentío que busca su paz y su alivio en este triángulo tan vivo que conforman Los Chopos (Castillo de Locubín), Hoya del Salobral (Noalejo) y Cerezo Gordo (Valdepeñas). Si alguien los llama farsantes, tienen una infantería dispuesta a guerrear por ellos y por su divina memoria popular. Vivieron su tiempo e hicieron el bien que ahora le reconocen en masa una legión de seguidores. Ninguna figura ha trascendido tanto como ellos, estos tres hombres a los que se les llama santos y la Iglesia no pone objeciones, sabedora del embrujo y fortaleza de su recuerdo. La santa Remedios curaba mal de ojo, culebrinas y más cosas, pero quizá por ser mujer no tuvo tanta devoción y el avistamiento de Flora en Los Villares fue flor de un tiempo. Quien quiera saber de santería no tiene más que sentarse y ver pasar por decenas a sus fervorosos creyentes, en 2020.



El 'Museo' de la Santería jaenera de Noalejo

■ Se le llama oficialmente Centro de Interpretación de la Santería y Relicarios y está en Noalejo, en cuyo camposanto reposan los restos de Ángel Custodio Pérez, nacido en la aldea noajaleña de la Hoya del Salobral. Se erige así este pueblo colindante con la provincia de Granada en la referencia de un fenómeno que aún hoy sigue vivo y con un brío a prue-



ba de desconsideraciones y habladurías. En su interior, material documental, con fotografías, objetos y relicarios sobre los sanadores, la trilogía en la que abunda este reportaje y sobre los lugares de visita inexcusables para quienes profesan fe ciega en estos hombres sobre quienes la leyenda popular no ha dejado de contar sus milagros en forma de sanaciones.



■ “Aquí está el origen viviente de todo, por las palabras de personas que vivían y habían conocido a Luis Aceituno. Anteriormente las noticias que tenemos de curanderos, de santos de la zona, es documental, en los archivos de las parroquias. Luisico es el primero que encontramos con gente que lo conoció en vida y contaba lo que veía que hacía”. Estas manifestaciones son de Manuel Amezcua, natural de Bélmez de la Moraleda, afincado ahora en Granada por su trabajo y con visita semanal a Cabra del Santo Cristo donde tiene casa junto a su esposa, María. “Ahora no, pero hace 30 años, cuando escribí el serial luego libro de ‘La ruta de los milagros’ todavía había gente, muy mayor, que lo habían conocido. Estamos hablando de una persona que nació en el siglo XIX y que desarrolló a finales toda su tarea como curandero de la zona, incluso la primera década del

El labriego pobre al que acudían los animales para que los curara en la cuadra con una bendición

CEREZO GORDO - VALDEPEÑAS DE JAÉN



LUIS ACEITUNO VALDIVIA
1837 - 17 de abril de 1912

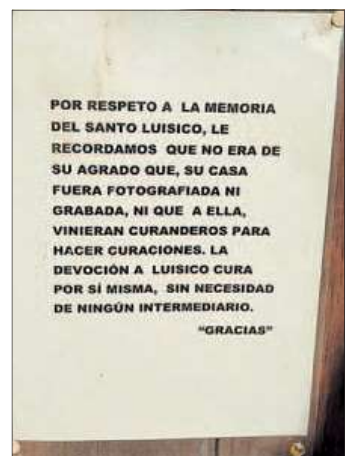
siglo XX, que es cuando fallece. Aquí está el origen de la saga de estos santos-curanderos de la Sierra Sur”, señala.

Pero, realmente ¿quién era Luisico? “Era un hombre agricultor, no era una persona propietaria de tierras, rica, era una persona humilde, que, de pronto, empieza a manifestarse con unas cualidades, primero curiosamente para curar a los animales. Cuentan que los propios animales llegaban hasta su morada, hasta la cua-

dra, cuando se sentían enfermos y él los bendecía y salían ilesos. Luego se fue aplicando con el tiempo a las personas y siendo muy humilde activó todo un torrente devocional realmente meritorio en su tiempo. Hay que saber dónde está el Cerrillo del Olivo (a un par de kilómetros de la aldea de Cerezo Gordo) y hoy se puede venir en coche hasta la misma puerta, pero en ese tiempo solo en caballería y la gente venía en masa. Arrastró

a mucha gente”, sentencia Manuel Amezcua.

El cortijo de Luisico ha sido remozado por fuera, incluso tiene servicios públicos, pero la esencia del interior se mantiene menos en el suelo, donde se colocó vinilo plástico simulando madera. Las llaves de la puerta las tiene Mercedes, su biznietita, antes vecina de Valdepeñas y ahora de Frailes. Salvo petición expresa por enfermedad, ahora, en tiempo de pandemia, no se abre a los visitantes, que son legión y cuando se oye en toda la Sierra Sur que Mercedes “va para arriba”, la siguen cientos, aunque no quiera. Cuentan las crónicas de antiguo que un joven Custodio venía a visitarle y le besaba las manos a Luisico, en señal de devoción, pero luego Luisico se las besaba a Custodio. Se gestaba así el ungimiento del heredero de la sapiencia cuarandera... Si puede, no se pierda la vigilia de san Luis en la era del Cerrillo.



ANA MARÍA (92 AÑOS)

Junto a su marido Domingo, era quien abría la casa de Luisico a toda gente que llegaba

“Curaba sin darse cuenta”

■ “No lo conocí, murió hace más de un siglo y aunque yo tengo ya muchos años, no vivía cuando él”. Quien habla es Ana María, vecina de la casa de Cerezo Gordo más cercana a la del cortijo de Luisico. Y sigue comentando: “La gente de aquí habló siempre muy bien de él. Era muy especial, él

curaba a las personas sin darse cuenta. Las personas venían malas y cuando querían acordar se habían curado”, cuenta ahora con la mascarilla puesta, como le aconsejan sus dos hijas y la alcaldesa de Valdepeñas. “Era muy pobre y no tenía nada para vivir, hizo su casa con fatigas; apañó su po-

quita tierra, lo que había aquí para vivir, la gente estaba muy empobrecida entonces”. Ana María envidió hace tres lustros y recuerda que durante 28 años fue con su marido a la vendimia en La Mancha, “a la misma casa”, y resalta que todos los días de su vida hacía queso de la leche de sus cabras.





VALENTÍN (66 AÑOS)
"ERA PEQUEÑO, PERO LO RECUERDO"

■ Ya jubilado, cuida de su huerta y de las cabras de su hijo en una aldea de la que apenas ha salido, Hoya del Salobral, cuna de Custodio al que recuerda de pequeño y que la gente se acercaba a él con total entrega.



ÁNGEL CUSTODIO (44 AÑOS)
"CON EL BICHO LA CASA ESTÁ CERRADA"

■ "Esto se llena de gente siempre, los fines de semana es un gentío, vienen de todos lados, ahora está cerrado por el bicho y las sobrinas no lo abren", subraya este vecino de nombre innegable procedencia, la Hoya.



GABRIELA (86 AÑOS)
"MI MARIDO TRABAJÓ EN EL CAMPO PARA ÉL"

■ Desde que enviudó en julio mata el tiempo con un paseo matutino por la ermita. Habla muy bien de Custodio y sus acciones con la gente y resalta que su marido trabajó para él en el campo y eran muy amigos.



HOYA DEL SALOBRAI - NOALEJO



■ Cuenta la leyenda popular de la Sierra Sur que al santo Custodio, de nombre Ángel Custodio Pérez Aranda, lo fueron a apresar dos guardias civiles por sus prácticas de curandero y entonces obró una travesura cuando la pareja de la Benemérita se sentó a esperar que se vistiera y no fue otra que "los dejó pegados en las sillas hasta que él quiso que se levantaran y por más que lo intentaban, de la anea no podían despegarse..."

Segunda visita en este triángulo de la santería y lo hacemos viajando con nuestro guía, el profesor universitario Manuel Amezcua. Estamos en la Hoya del Salobral, junto una inmensa ermita con advocación a la Virgen de la Cabeza y, a la par, al santo Custodio. Tanto, que esta Morenita tiene su templo junto al lugar de oración diaria de este curandero, una pequeña cueva llena ahora de fotos, cruces y exvotos. "Este lugar significa mucho para mucha gente,

Aquel día que fueron a apresarlos y los guardias no se levantaron de la silla de anea hasta que él quiso

puntualiza Amezcua, significa el sitio, el emplazamiento que ocupó una persona que desempeñó durante muchos años una función muy especial en esta comarca tan remota, tan perdida, que era la de atender las desdichas de la gente. Aquí en concreto, en este agujero (la cueva) se dice que era donde Custodio se ponía a rezar; se metía dentro del agujero y ahí pasaba mucho tiempo. Tras su muerte, todos los lugares que utilizaba han sido sacralizados por sus devotos y esto lo vemos en esta cantidad de signos, de símbolos, de reconocimientos. Además, va creciendo cada año porque cada vez que uno



ÁNGEL CUSTODIO PÉREZ ARANDA
8 de septiembre de 1885
5 de agosto de 1961

llega por aquí te encuentras cómo con ese sentido tan andaluz de lo Barroco se está enriqueciendo con ofrendas por parte de sus miles de devotos". Son tres los lugares de referencia para quienes tienen fe ciega en el santo Custodio, la primera su casa, que sus sobrinas abren cada fin de semana a quienes buscan consejo y sanación indirecta esperando en su entrada y visitando su habitación en la planta de arriba. Luego estaría su tumba, en el cementerio de Noalejo, que nunca está sola, para, finalmente, hacer una tercera parada en la cueva a la que hacía alusión Amezcua. Su cercanía con la ermita sirve de vaso co-

municante y las cruces y las velas abundan en la cueva a la vez que los retratos de Custodio inundan las estancias que no son templo de misa. Hasta el año pasado, Antonio, un señor vestido siempre con mono blanco, repartía estampitas del santo y oraciones en su honor y te hacía ahuyentar los espíritus malignos y las malas energías colocándote boca arriba en una piedra. La Hoya está llena de referencias al santo, como la cruz de los Caídos, colocada por unos misioneros en los años 40 y costeadada por él con sus tierras.

...Ya en el calabozo del cuartelillo de Frailes cuenta también la leyenda popular que todas las mañanas aparecía la celda abierta, con el santo Custodio dentro y que así una y otra vez hasta que los civiles, hartos de cerrar el candado por la noche y verlo abierto por la mañana, decidieron que no podían encerrar a quien debía estar libre porque así lo quería la Divina Providencia.



■ Está recién remozado el cementerio de las Ventas del Carrizal (pedanía de Castillo de Locubín y cercana al lugar de nacimiento y muerte de Manuel Cano López, Los Chopos) y de todas las tumbas sobresale un mausoleo que es visitado a diario por decenas de personas. Enterrado junto a sus hermanos, su última morada está techada y unos cristales impiden que la gente toque lo de dentro, desde estrellas de flores de plástico a un palio pintado en tela blanca sobre una lápida de mármol blanco y coronada con un gran nazareno con su cruz, también blanca. Con esta visita al camposanto concluimos el recorrido junto al investigador Manuel Amezcua, quien antes, delante de la puerta de su casa aclaraba: “Estamos en el último emplazamiento de los grandes curanderos de la Sierra Sur, de los tres que más reconocimiento han tenido, de esta saga que empezó Luis Aceituno, siguió luego Ángel Custodio y finalmente Manuel Cano”.

Recibía y sanaba en la puerta de su casa y si había alguien que no creyera en la santería lo echaba

Sería la trilogía de la santería en Jaén, herederos unos de otros, sin ser familia y con sus peculiaridades cada uno: “Hay una gran diferencia entre Manuel y el resto; Manuel era muy celoso de su intimidad, por eso no recibía a la gente dentro de su casa, a diferencia de los demás y, por tanto, los devotos que hoy se desplazan tampoco pueden acceder al interior”, comenta Amezcua. “Él salía a la puerta, a un portalito, a una especie de púlpito improvisado y ahí recibía a la gente, fuera de su casa, que nadie podía ver”, dice y apostilla: “Lo más característico de su personalidad es que



MANUEL CANO LÓPEZ
27 de mayo de 1912
14 de octubre de 1983

no era un hombre de puertas abiertas y se hacía de rogar mucho. A veces se daba la circunstancia de que la gente tenía que esperar varios días a que él saliese a recibirlos. Una curiosidad destacable es que dejaba una alcuza de aceite para que la gente pudiera untar el pan, que por cierto podían comprar en la panadería de al lado, y así tener un mínimo sustento mientras salía o no salía al portalito. Era un personaje -concluye Manuel Amezcua- que siguiendo el mismo patrón que los otros, tenía una personalidad diferente, era mucho más reservado y celoso de su intimidad”. Recibía y sanaba en la puerta,

pero había días que no salía porque, dice la leyenda popular, entre quienes esperaban había no creyentes de la santería y, pacientemente, esperaba que se fueran aburridos. O lo echaba directamente.

El recuerdo está vivo en Los Chopos, con una intimidad guardada a prueba de curiosos aventureros, que no pudieron sacar una palabra a ninguno de los vecinos con los que se toparon en un lugar donde parece no pasar el tiempo y las higueras conquistan acequias y quebradas frente a la estampa habitual del mar de olivos. La carretera de acceso a la aldea, a la que se llega desde la nacional que transita por Alcalá y Alcaudete hacia Granada y Córdoba, está llena de retamas como otras muchas cunetas de Jaén, solo que en estas sorprenden unos nudos. Es una promesa al santo Manuel, si el nudo se seca tal cual se hizo, se obra el milagro, si alguien lo desata se queda con el mal.

LOS CHOPOS - CASTILLO DE LOCUBÍN



RAFAELA OSUNA MUÑOZ

Vivía de niña en La Carrasca (Almedinilla) y ha vuelto desde Gerona para recordar su sanación

“Era santo, no era curandero”

■ “Si había alguien que no creía en los santos, no salía, lo que hacía era decirle que se fuera... Está todo igual que hace 50 años; lo veo, miro y lo veo aquí en el portal, de pie, hablando con la gente”. Rafaela Osuna es emigrante cordobesa en Cataluña y ha vuelto para vivir su sanación, medio siglo después, junto a su pareja. “Me trajeron mis padres en una bestia y lo recuerdo como si fuese ayer; estaba él, mi madre a mi lado... Me emocioné al recordarlo. Mi madre le dijo: ‘Manuel aquí le traigo a la niña porque está llena de verrugas’ y ella hizo por levantarme

el pantalón para que las viera y dijo no, no, no se preocupe usted que se le pierden enseguida”. Y prosigue su relato: “Tenía verrugas en todo el cuerpo, en las manos, los pies, la cara, en las rodillas, todo lleno; me las habían curado, pero no se me quitaban y recuerdo que al día siguiente no tenía ninguna, se me cayeron todas”. Preguntada por cómo se las curó subraya que las mojó con agua bendita y le soplaban, que no le hizo más y vuelve a romperse de emoción con el recuerdo vivo de aquel hombre, al que define como un santo, “no era curandero, era santo”.

“Era una persona bajita, un poquito gordito, con el pelo blanco; hablaba muy pausadamente, muy tranquilo... He venido a recordarlo y no paro de llorar... Todo estaba lleno de gente, venían con mulos, caballos, burros, todo estaba lleno de animales... Otro día, mi hermana la mayor le dejó dinero en una teja y la llamó: ‘Llévese usted ahora mismo eso que ha dejado, si quiere traerme algo, cera y flores’; son cosas que se te quedan en la memoria”. Rafaela, recién llegada de la tumba de las Ventas del Carrizal, le reza también en la iglesia de Los Chopos.

